



THE MAKING OF

Ana Rosa Gómez Moral

Quienes tuvimos la inmensa suerte de tomar parte en los actos de despedida sabemos que pudimos disfrutar de la mejor versión de Gesto por la Paz. En la plaza Circular, cerramos el círculo, y nunca mejor dicho, de nuestra presencia en las calles. Dijimos adiós a la sociedad, a menudo criticada por su indiferencia, pero que, sin embargo, tantas veces respondió al llamamiento de Gesto. En el teatro Campos, se trataba de hacer un homenaje interior. Era la ocasión para mostrar el respeto y la admiración que nos profesamos unos a otros, así como el orgullo por haber concluido juntos un camino lleno de vicisitudes, pero que nos ha hecho crecer como seres humanos y como ciudadanos libres. Contábamos con una materia prima extraordinaria: la predisposición de la gente, la alegría por los reencuentros y, sobre todo, esa majestuosa actitud de generosidad que siempre ha caracterizado a los integrantes de Gesto.

Y quienes nos encargamos más directamente de la organización queríamos estar a la altura de ese momento en el que se iban a dar cita las mejores emociones y recuerdos. Además, sabíamos que ya nunca más tendríamos ocasión de compensar los posibles errores o descuidos. A nuestro favor, y gracias también a Gesto, contábamos con una dilatada experiencia en organizar actos de muy diversa





índole y de haberlo hecho siempre todo con nuestras manos y cabeza. Aún así, sentíamos el peso de la responsabilidad y el nerviosismo propio de este tipo de performances y ceremonias.

Todo había empezado meses antes. La elaboración de los libros y del video ya nos había facilitado la inmersión en nuestro propio pasado. Habíamos visto horas de video y miles de fotografías que nos trasladaron a aquel tiempo en el que todavía no teníamos oportunidad de mirarnos a nosotros mismos. Todo eso que habíamos ido reviviendo era lo que queríamos que tuviera protagonismo en nuestros actos de despedida. Según se acercaba la fecha, Gesto por la Paz se iba pareciendo, cada vez más, a sus mejores momentos, aquellos en que todas las tardes un montón de gente se acercaba por el local de la calle Santa María a echar una mano con lo que hiciera falta, que solía ser mucho. Abordar la organización de dos actividades tan especiales nos hizo recuperar la energía y la capacidad de antaño. Vinieron tantos voluntarios que el trabajo que habíamos calculado para una jornada entera se terminó en dos horas. Y la gente pedía más.

Globos blancos con forma de paloma traídos de México, bombonas de hidrógeno que hubo que reponer sobre la marcha, saludos y besos, libros recién salidos de imprenta, DVDs que había que pegar en las contraportadas, autobuses, manos e ideas, bolsas para llevar el pack de recuerdo, megafonías y permisos, comunicados y guiones, carreti-

lla y furgoneta, las Bake Hitzak, canciones, las fotos y el video, invitados, inclemencias del tiempo, tijeras y cuerdas, lágrimas y nervios, presentadores e intervinientes, catering, carteles y pancartas, periodistas, las siemprevivas en memoria de las víctimas, cajas para donativos, pines y chapas... De repente, no hacía falta recordar todo lo que había sido Gesto, porque esos días volvió a serlo. Para nosotros, fue un prelude intenso de lo que luego experimentaríamos en el teatro Campos: esa gota densa de nuestra historia que bebimos todos juntos en honor al Gesto que añoraremos, no por su motivación, pero sí por su gente. □

